

PARTIDO LIBERAL

13084

Oficio que el Jefe del
Partido dirige al Ministro
de Gobierno, pidiendo que
se levante el estado de
sitio.

Dr. Manuel Carrasco
BIBLIOTECA CENTRAL
Universidad Mayor de San Andrés

F B
24.284
172 o

LA PAZ
IMP. ARTÍSTICA - SOCABAYA 22

01233

1922

F38
324.284
C 1720

Dr. Manuel Carrasco
BIBLIOTECA CENTRAL
Universidad Mayor de San Andrés

Partido Liberal

La Paz, 16 de septiembre de 1922.

Al señor Ministro de Gobierno.

Presente.

Señor.

He guardado deliberado silencio desde el 12 de junio en que se dictó el estado de sitio y se cometieron las primeras deportaciones de ciudadanos liberales, esperando con mi habitual resignación, que el gobierno, vuelto sobre sus pasos por propia espontaneidad, revocara aquellas violentas medidas, en obsequio de la tranquilidad pública y en guarda de las inmunidades a que tienen derecho los hombres en un país libre.

Entonces mi acción se redujo a pedir que las deportaciones decretadas se suspendiesen siquiera por algunas horas, plazo que nos habría servido para probar la inocencia de las víctimas. El presidente de la república repuso que los momentos eran de excitación y que cualquier entendimien-

to no podría acometerse sino pasados ellos. Si el gobierno, según la declaración de S. E. se encontraba en tan aguda situación de ánimo, razón de más, a mi juicio, para que S. E. se hubiese avenido al temperamento que se le insinuaba; pues, si se quiere proceder con acierto cuando tales crisis sobrevienen, nada es más saludable a los hombres de estado que aceptar los auxilios de la reflexión y el tiempo, porque éstos sobre ser muy prudentes consejeros son también los más eficaces calmantes.

Días después el mismo presidente me mandó anunciar que podían comenzar las conversaciones; pero nunca fué señalada la hora para la audiencia ofrecida a nuestros delegados.

Van tres meses, señor ministro, que vivimos bajo el régimen del sitio, estado excepcional sólo permitido en muy determinados y supremos casos de gran peligro nacional, pero aun entonces mismo, a condición de ser momentáneo. Van tres meses, durante los cuales mis correligionarios políticos, padecen las penurias de la prisión, las deportaciones o confinaciones, sin que se alcance a columbrar el término y los fines de tanto sufrimiento.

¿Qué pretende el gobierno con la prolongación de este entredicho en que se hallan las garantías constitucionales? ¿Acaso echando en playas extranjeras e inhospitalarias a los más conspicuos ciudadanos del partido que gerento, se propone dar fin con la oposición, y clausurando imprentas y

Inventario No. 000546

9-X-84

desterrando periodistas espera acallar la voz censora y fiscalizadora de los pueblos?

Yo no abogo en estos momentos por la suerte de mi partido aherrojado; abogo por la suerte del país y del gobierno mismo. Porque todo el país, y en él comprendo a sus gobernantes, sufre ya las consecuencias directas o reflejas de estas medidas rigurosas. Se están ahondando las divisiones en la familia boliviana y cada día los odios van siendo más intensos y enconados. Todo el mundo vive en perpétua zozobra, sin poder consagrarse con tranquilidad a sus negocios. La actividad económica está paralizada. Por cualquier motivo, y aun sin motivo, se va a la cárcel o al destierro. Tampoco los persecutores se encuentran en un lecho de rosas. Ahí están, tal como aparecen ante la expectación pública, recelosos, medrosos, en constante alarma y vigilia, pendientes de los soplos del espía, viendo en cada ciudadano un conspirador y en cada sombra una metralla, y temiendo todos los días, a cada hora, a cada instante el estallido de una revolución.

¿Esta vida nos prometieron los revolucionarios del 12 de julio?

Yo recuerdo que cuando se produjo aquel movimiento que llevó al poder al partido republicano, el país, aún el mismo partido liberal, le recibió como un hecho que debía producirse fatalmente; porque la política, no obstante de ser entre las

actividades humanas la más ilógica, también se halla subordinada, como todas las cosas del mundo, al imperio de leyes inexorables. La revolución vino; y como la presidían los Salamanca, los Escalier, los Saavedra, todos creímos en que se abriría un gran período democrático, ennoblecido por la acción de tan esclarecidos espíritus. En aquellos días el doctor Salamanca, en su arenga saludando al pueblo, anunciaba con toda la seguridad de su autorizada palabra, el advenimiento de la más amplia y perfecta libertad electoral. Y el doctor Saavedra, que ya entonces daba pasos largos hacia la presidencia, confirmaba el anuncio de su ilustre compañero, ofreciendo de su parte enseñanzas de buen gobierno.

Bajo estos lisonjeros auspicios y con la confianza puesta en tan seductoras promesas, el partido liberal trató de reorganizarse. Nó la soñada libertad electoral, ni siquiera el simple derecho de reunión le fué permitido. Aun las más elementales garantías le han sido vedadas.

Se extendería demasiado este oficio si me propusiera hacer el inventario de los padecimientos del partido liberal en toda la república. Desde la primera escaramuza electoral a que se arriesgó y en que su candidato triunfante, atacado por las turbas republicanas despechadas, salvó la vida de milagro, hasta estos momentos en que los presos políticos no sólo son arrojados a las sentinas, sino también obligados al tormento inaudito de dormir

con indios enfermos de viruela, ninguna extorsión, grande o pequeña, ha omitido el régimen contra los individuos del partido liberal. La persecución es tan obstinada, que adondequiera que un liberal acude en pos de medios para ganarse el sustento, allí le sigue y allí le cae con su mano secante y aplastadora. Ha invadido los tribunales de justicia: los abogados y clientes liberales no pueden alcanzar los beneficios de la ley. Ha invadido los negocios privados: las casas o empresas nacionales o extranjeras no pueden dar ocupación a los liberales sin el control oficial. Ha invadido la propiedad: los colonos de haciendas, incitados a la rebelión contra los patrones, hoy en el exilio, disponen del ganado y queman los trojes.

¡Pobres hogares liberales, aquellos de la gente humilde, acechados por el implacable espía y a merced de sus delaciones! El padre, el hermano o el hijo denunciados, son arrancados de la casa, donde luego entra el hambre, porque no se manda pan a la vieja desvalida, la mujer o los pequeñuelos, desde la cárcel o el destierro..... Es menester, señor Ministro, encontrarse en la situación en que yo me hallo y recibir como yo recibo, día a día, las desgarradoras quejas de estas infelices víctimas, que no son pocas, para formarse idea de su orfandad y sus dolores.

Pero ya estoy oyendo la respuesta: — «Es que esos liberales conspiraban contra el orden público!».

Cien veces dije y repetí a S. E. que esos liberales no conspiraban. Mas, lo que entonces no dije, porque en mis conversaciones con S. E. procuré siempre evitar expresiones cuyo sentido estrictamente democrático pudiera torcer la suspicacia, fué, que así como no conspiraban ahora, si no se remediaba este estado, mañana se verían obligados a conspirar, ya que por mucho menos de lo que el partido liberal sufre, el doctor Saavedra y los republicanos se lanzaron a la revolución.

Es, pues, la revolución, que debemos evitar; y para ello me dirijo al señor ministro de gobierno, quien, por lo que pasó el 12 de julio, sabe cómo se originan y cómo son después incontenibles esas reivindicaciones populares.

Apártense las causas de la revolución, y no habrá revoluciones. Déjese al hombre en el goce de sus libertades y garantías, déjesele ejercitar sin trabas sus derechos políticos y civiles, permítasele consagrarse tranquila y pacíficamente a su trabajo, y no habrá temores de conspiración. En realidad, quien conspira ahora contra el país y contra sí mismo oprimiendo y aherrrojando ciudadanos, es el gobierno; y quien siembra en su ánimo la zozobra y la desconfianza y le excita a las medidas violentas, es él mismo, porque él se ha dado el lujo de crear el instrumento de sus tormentos: el espía! El día en que el gobierno, comprendiendo sus intereses, se desembarace de tanto peligroso soplón que hoy sustenta, ha de hallar un grande, un su-

premo alivio; y si al propio tiempo, con un espíritu más levantado y un concepto más exacto de sus deberes, devuelve las garantías al pueblo, su estabilidad ha de sentirse mucho más segura y afianzada, porque entonces cada ciudadano, por su misma conveniencia, será el guardián del orden público, ya que el orden es la fuente de todo bien.

Constantemente se ha alegado para justificar los actuales atropellos, que los liberales en el poder hicieron otro tanto. Por el respeto que me merece la moral de los estadistas republicanos, yo no doy pábulo a esa pobre razón, porque eso querría decir sencillamente, que el sistema político del gobierno es un sistema de venganzas, de retorsiones y represalias, regido por la ley del talión.

Ningún partido, en ningún tiempo de la política borrascosa y semibárbara de Bolivia, ha sufrido más calumnias que el partido liberal en estos últimos años: calumnias antes del movimiento de julio para minar sus prestigios y preparar la revolución: calumnias después para restarle adhesiones e impedir su resurgimiento: calumnias ahora para cohonestar el último decreto de sitio y justificarlo. Era preciso denunciar ante la execración pública tan innoble arma, que no es de varones, y romperla. Con este fin, en las instrucciones que formulé para la comisión que había de tomar parte, representando al partido, en las conferencias que anunció S. E. en el mes de junio y que no se realizaron, mi única recomendación fué la siguiente:

«Considera el partido liberal como cuestión previa e inexcusable esclarecer un punto grave que afecta hondamente a su dignidad y buen nombre: sabe el partido liberal por revelaciones hechas por los mismos ministros de Estado, repetidas con insistencia por la prensa del gobierno y ratificadas a uno de ustedes por el propio presidente, que el decreto de sitio fué acordado, porque se afirmó en el consejo de gabinete, haberse descubierto una conspiración liberal *a base del asesinato del doctor Saaavedra con el propósito de asaltar los millones del empréstito.*

«Aun cuando esa imputación no puede ser más ruin y temeraria, el partido liberal reprime el estallido de sus justas protestas, y se limita a encargar a ustedes que se sirvan pedir su esclarecimiento, no sólo por el honor del partido sino también por el honor de la república, y luego, por que subsistiendo aquella especie, sería imposible cualquier acuerdo. No podría un gobierno tratar con un partido de asesinos, ni podría un partido entenderse con un gobierno que le llama asesino.

«A sólo esto se reduce la presente comisión; y deberán ustedes dejar constancia de ello e insistir con serenidad y firmeza en el esclarecimiento indicado, declarando, además, que el partido liberal, por ahora, renuncia a toda gestión encaminada a atemperar o evitar las persecuciones que han comenzado y que van tomando caracteres de inusitada violencia.»

[La no realización de aquellas conversaciones, impidió al partido liberal poner en evidencia la perversidad de los hombres que le hacen la guerra desde tan abajo.

Pero, aun en estos momentos en que podían haberse apagado los fuegos, porque es cobarde e inhumano cebarse en las víctimas, sigue la negra calumnia explotando el filón de sus maldades. Uno de los diarios oficiales acaba de atribuir a dos de nuestros más prominentes hombres públicos, proscritos en Tacna, combinaciones con Chile para perturbar en Bolivia el orden de cosas existente. Hace figurar una carta a todas luces apócrifa, y la comenta a su modo, para azuzar las pasiones del populacho y provocar sus desbordes. Para ese vocero del gobierno, los liberales «no han retrocedido en toda la vasta escala de las tentativas criminales, desde el asesinato hasta la traición a la patria.»

Ya otra vez se fraguaron análogos documentos con igual intención. Entonces pedí la intervención de los tribunales de justicia y llevé mis protestas ante el mismo presidente de la república. Ahora protesto de nuevo en nombre de mi partido y en especial de los dos personajes calumniados, quienes, por su acendrado patriotismo, sus prestigios sociales y políticos y sus servicios a la ciencia y a la república, sólo merecen

el respeto, la gratitud y la consideración de sus conciudadanos.

Declaro una vez más, señor ministro, que el partido liberal no pretende la vuelta al poder. Ni la ansía ni le conviene. La grande e histórica colectividad política que presido inmerecidamente, no tiene otro propósito, por el momento, que re-
mozar su espíritu y recobrar sus primitivas energías, debilitadas por la acción enervante de veinte años de poderío sin control; y todos sabemos, que para disciplinar un partido, no es la vida oficial ni son los puestos públicos la mejor escuela. Tampoco quiere estorbar al régimen en el desenvolvimiento de su programa administrativo, mucho menos disputarle sus grandes responsabilidades. Cada cual que cargue su cruz.

Dentro de estos propósitos realiza el partido liberal su labor política, y está en sus cálculos per-
severar, aún para que no se diga mañana, que el gobierno republicano dejó incumplidas sus promesas o no llevó al cabo sus planes, ni engrandeció la patria, porque le pusimos piedras en su camino.

En esta virtud y con las anteriores declaraciones, conformes en todo con el pensamiento de mi partido y la honradez de su programa, pido muy respetuosamente al gobierno que levante el inne-

cesario estado de sitio y devuelva al país sus derechos y libertades.

Tengo la honra de saludar a usted, señor Ministro, y reiterarle el homenaje de mi particular y distinguida consideración.

J. M. Camacho.

